

Invierno

Christopher Nicholson (trad. de Catalina Mtnéz. Muñoz). Gatopardo



“¿De qué sirven los sueños cuando no se cumplen?”, se pregunta Gertrude. Seguramente, en la vida real solo sirven para crear personas infelices, pero está claro que también son útiles para generar grandes historias, siempre que haya alguien que sepa escribirlas. Christopher Nicholson sabe hacerlo, así lo demuestra en *Invierno*, la historia del triángulo entre el escritor Thomas Hardy, su esposa Florence Dugdale y la actriz de teatro Gertrude Bugler, la “encarnación de la Tess que él había imaginado” en su obra, *Tess*, la de los d’Urberville. El libro está escrito desde el anhelo constante de los personajes por lo que pudo ser y no fue. Desde ese sentimiento, el autor proyecta trescientas páginas cuyo peso recae solo en tres personajes, tan bien contruidos que no necesitan la ayuda de los secundarios para brillar con luz propia sin cansar al lector, a pesar de que viven constantemente aferrados al pasado, y perturbados todos ellos por la presencia y existencia del resto. A pesar de que Hardy es el personaje con el que nos adentramos en el tema de la vejez, es también curiosamente el que nos adentra en el tema de la eterna juventud, porque “quien tenía un espíritu juvenil era él”. Y, con la vejez, *Invierno* analiza también, en consecuencia, los miedos. Cualquiera podría pensar que el efecto razonable de la vejez es el miedo a la muerte, pero Nicholson se detiene antes del último suspiro: en el miedo a las capacidades mermadas, un miedo constante en la vida del autor de *Tess*, la de los d’Urberville, obra que soporta también el peso de la que nos ocupa, por ser al fin y al cabo el eje de la misma. Y es que Thomas Hardy no expresa tanto su miedo a esas capacidades tocadas por la edad en el sentido físico, sino a sus capacidades para la escritura, con el temor constante de todo escritor: el abandono de la inspiración para seguir creando. Y así aparece también una obsesión: la obsesión por aquellas personas a las que vimos, pero a las que no conocimos.

Invierno es un libro lleno de ilusiones, pero también de desilusiones, y Nicholson hace fácil que nos dejemos

llevar por ellas -a la vez que los personajes-, que nos fundamos con esos mismos sentimientos y los adoptemos como nuestros. Que seamos capaces de sentir rabia, frustración, pena e, incluso, una cierta ansiedad en algunos momentos.

La locura da grandes escenas a *Invierno*, pues de esa locura parten muchas pequeñas historias, ficticias o reales, pero siempre con un toque de perturbación. A través de la locura, asistimos también a una lucha interna del personaje de Florence, que pelea con ella misma por mantenerse en el plano de la realidad o por dejarse llevar por la imaginación entregada al deseo del futuro según su propio diseño. Y así acabamos asistiendo a la definición de la muerte como un buen camino para valorar lo que teníamos en vida ante nuestra mirada, la misma que mantenía los ojos cerrados. Nicholson traza de esta forma un “poema invernal”, igual que esos versos que cita de Keats, y así desemboca de nuevo en la muerte, y en la esperanza de todo escritor: que tras la llegada de la vida a su fin quede al menos el recuerdo. Pero con ello aprovecha también para hacer el análisis que la historia lleva empuñada en trazar siempre sobre la figura de los grandes escritores: la de la terquedad de vivir en la melancolía. ¿Acaso es la melancolía lo que hace más grandes a los escritores? ¿Acaso es la falta de ese sentimiento lo que los convierte en fracasados? ¿Necesita un buen escritor vivir en el drama constante para saber contarlos? ¿O le basta con imaginarlo?



PAULA M. GONZÁLEZ